

un ataque de fuera, podia sorprendernos á todas horas. Efectivamente, el 24 se manifestó en la guarnicion una agitacion grande, y asomaron corredores de caballería en direccion de Barcelona. El general en gefe situó al general Harispe, á quien fiaba de buen grado las operaciones mas árduas, delante de Tarragona, y camino de Barcelona, con dos divisiones y toda la caballería. Mantúvose él entre la plaza, donde se aceleraban los trabajos de apóche, y las tropas del general Harispe, pronto á acudir al punto donde mas se necesitara su ayuda, y pasó estos últimos dias entre la trinchera y sus campamentos exteriores.

Abierta estaba la trinchera sobre una especie de meseta algo inclinada, que sirve de base á la ciudad alta y se halla á nivel de los tejados de la ciudad baja. Nuestra primera y única paralela abarcaba casi todo el frente de la ciudad alta, compuesto hácia esta parte de cuatro bastiones, y tenia por objeto principal el establecimiento de las dos baterías de brecha dirigidas contra el bastion de San Pablo, el último á la izquierda. Este bastion cubria el ángulo formado por el frente Oeste, que atacábamos, y el frente Norte, contra el cual se proyectaba una escalada. Acelerábanse vivamente los trabajos con el fin de abrir pronto la brecha, pues no se esperaba que aquella guarnicion exaltada, despues de haber sufrido cuatro asaltos, quisiera ahorrarse el postrero, sin embargo de exponerse á ser pasada á cuchillo. Como se presentase un parlamentario nuestro fuera de las trincheras, agitando un pañuelo blanco, no recibió por respuesta mas que injurias. Anunciando la relacion de un desertor un ataque de fuera para

el 29, el general en gefe lo dispuso todo para dar el último asalto el 28 por la noche. Se apresuró la construccion de la batería de brecha, quedando armada completamente en la noche del 27 al 28, no sin tener los soldados que arrastrar entusiastas los cañones, por la dificultad de subirlos á terreno tan escarpado. El 28 de junio, que debia ser el último día de este sitio memorable, rompióse el fuego desde la aurora con cierta ansiedad, pues era urgente hacer practicable la brecha aquel dia mismo. Trescientos buenos tiradores, apostados en las partes salientes del terreno, disparaban contra las troneras del enemigo para desmontar sus cañones, y los españoles, presentándose atrevidamente sobre la brecha, disparaban á su vez contra nuestros artilleros. Nada era capaz de alterarlos: los que caian eran al punto reemplazados por otros, quienes continuaban no menos resueltamente la obra de demolicion, que nos debia abrir los muros de Tarragona. Finalmente, á cosa de medio dia pareció ensancharse la brecha á vista de ojo, y abatirse en cierto modo bajo nuestras balas, que acumulando los escombros, hacian menos rápida la pendiente. Nuestros soldados, procedentes de todos puntos, asistian á este espectáculo con anhelo, mientras la guarnicion española nos provocaba con gritos é injurias desde lo alto de los baluartes.

A eso de las cinco de la tarde quiso el general Suchet dar el asalto, para evitar un combate de noche, si, segun se anunciaba, nos halláramos la calle mayor de la Rambla, que corta trasversalmente la parte alta de la ciudad de Tarragona, con barricadas y defensas. El general Habert, que to-

mó la ciudad de Lérida, debía mandar el asalto. Mil quinientos hombres, divididos en dos destacamentos, y tomados de las compañías de preferencia de los regimientos 3.º y 5.º de ligeros, y del 14.º, 12.º, 114.º, 115.º, 116.º, 117.º y 121.º de línea, y del primer regimiento polaco del Vístula, fueron puestos bajo su mando. Otra columna casi de igual fuerza, sacada de los regimientos franceses é italianos que asistian al sitio, fué puesta á las órdenes del general Ficatier y mantenida en reserva. A la izquierda, y sobre el frente Norte, que formaba ángulo con el frente Oeste, atacado por nosotros, debía el general Montmarie hacer lo posible por escalar, á la cabeza de los regimientos 116.º y 117.º, la puerta del Rosario, muy próxima al bastion batido en brecha, y correspondiente á la misma extremidad de la Rambla. Terminadas estas disposiciones á las cinco y media, dió la señal el general en gefe, y lanzándose la primera columna á paso de carrera, cruzó cierto espacio al descubierto, toma un rodeo por evitar los aloes que crecen al pie del baluarte, y luego torna á marchar en derechura hácia la brecha y empieza á trepar á su cima por entre un fuego horroroso. Armados de fusiles, de picas, de hachas, y lanzando furiosos gritos, aguardan los mas osados combatientes españoles á los asaltadores en lo alto de la brecha. Sobre este movedizo terreno, bajo el fuego de fusilería á boca de jarro, bajo las puntas de las picas y las bayonetas, caen nuestros soldados, vuelven á levantarse, combaten cuerpo á cuerpo, y ya avanzan, ya retroceden, bajo el doble impulso que por delante les rechaza y por detrás les sostiene y empuja. Un momento es-

tán á punto de ceder al furor patriótico de los españoles, cuando á una nueva señal del general en gefe, se lanza la segunda columna, guiada por el general Habert, por el coronel Pepe, por el gefe de batallon Ceroni, y por todos los ayudantes de campo del general Suchet, Mrs. de Saint Joseph, Rigny, d'Aramon, Mayer, Desaix, Ricard, Aubray. A ellos se habia unido un sargento italiano, llamado Bianchini, el cual, por recompensa de sus prodigios de valor en el ataque al fuerte del Olivo, habia pedido y alcanzado el honor de ir á la cabeza en el último asalto de Tarragona. Este refuerzo comunica un nuevo y vigoroso impulso á nuestra primera columna, la empuja hasta lo alto de la brecha, y llega allí con ella. Despues de haber recibido el bizarro Bianchini muchos tiros, cae todavía avanzando: el jóven d'Aramon viene á tierra herido en un muslo: finalmente, se abren paso por entre la masa de defensores, penetran en la ciudad y selanzan unos á la derecha, otros á la izquierda, para evitar por la rouda las calles barreadas, y especialmente la Rambla. Al punto el general en gefe hace entrar la reserva del general Ficatier para este segundo combate, que puede ser muy mortífero y muy azaroso, porque la guarnicion, compuesta aun de diez ó doce mil hombres, ha resuelto defenderse hasta exhalar el último aliento. Durante este espacio, el general Montmarie avanza hácia la puerta del Rosario con los regimientos 116.º y 117.º de línea, toma las empalizadas del camino cubierto, y se lanza al foso por entre un horrible fuego de fusilería. Quiere aplicar las escalas á la puerta, mas la halla minada y barreada. Entonces nuestros cazadores des-

cubren una cuerda con nudos colgada de una tronera y puesta allí para la subida de los españoles; la echan mano, y trepan por ella uno tras de otro, mientras los dos regimientos que han quedado en el foso sufren el fuego de las murallas. Pero apenas han penetrado de tal modo en la plaza algunos de nuestros atrevidos cazadores, se echan los españoles sobre ellos. A punto de sucumbir se encuentran, cuando el oficial de ingenieros Vaccani, entrando en la ciudad con un destacamento de zapadores detrás de las primeras columnas, abre á hachazos la puerta del Rosario, y da acceso á las tropas del general Montmarie. Este se lanza entonces á lo interior de la ciudad alta y ataca la Rambla con las tropas de los generales Habert y Ficatier. Exasperadas nuestras tropas no oyen nada é inmolan á bayonetazos á todos aquellos á quienes dan alcance. Encarnizados contra una tropa enemiga, que huye hácia la catedral, la persiguen con direccion á este edificio, al cual se llega por sesenta escalones (1); los suben á pesar del fuego horroroso que se les hace, penetran en el templo, y sin remision pasan á cuchillo á los infelices que han disparado contra ellos. Sin embargo, hallando en esta catedral algunos centenares de heridos, se detienen y los perdonan. En este momento, ocho mil hombres, único resto vivo de la guarnición, salidos por la puerta de Barcelona, aspiran á salvarse hácia el lado del mar. Se les empuja hácia donde está el general Harispe, que obstruyéndolos el cami-

(1) No son tantos ni con mucho; en esta parte el autor equivoca sin duda la catedral de Tarragona con la de Gerona.

(N. del T.)

no, les obliga á rendir las armas: desde entonces quedan en nuestro poder así la ciudad alta como la baja, así el Francoli como el Olivo.

Tal fué este horrible asalto, quizá el mas furioso que se diera nunca, al menos hasta entonces. Cubiertas estaban las brechas de cadáveres franceses, pero la ciudad se hallaba mucho mas atestada de cadáveres españoles. Increíble desorden reinaba en las incendiadas calles, donde á cada rato se hacian matar algunos españoles fanatizados á trueque de tener la satisfaccion de pasar á cuchillo á algunos mas franceses. Cediendo nuestros soldados á un sentimiento comun á todas las tropas que toman una ciudad por asalto, consideraban á Tarragona como propiedad suya, y se habian esparcido por las casas, donde hacian mas estrago que saqueo. Pero el general Suchet y sus oficiales corrieron tras ellos para persuadirles que aquel era un uso extremo y bárbaro del derecho de la guerra, y no les costó gran trabajo traerlos á buenas, sobre todo luego que terminó el combate, y dejó de embriagarles de furor el fuego de la fusileria. Poco á poco se restableció el orden, se apagaron las llamas, y se pudo empezar á contar los trofeos, así como las pérdidas. Se tomaron mas de trescientas bocas de fuego, inmensa cantidad de fusiles, de proyectiles, de municiones de todas clases, unas veinte banderas, diez mil prisioneros y á la cabeza el mismo gobernador Contreras, á quien el general Suchet trató con las mayores contemplaciones, á pesar de haber sido el último asalto un acto de desesperacion inútil, que se hubiera podido ahorrar así á las tropas españolas como á las francesas. Pero es menester honrar el patriotismo por arrebatado que sea.

Fuera de los diez mil prisioneros, no perdió la guarnición menos de seis á siete mil hombres por el hierro y el fuego. Con especialidad este último asalto fué de los mas mortíferos. Tampoco nuestras pérdidas dejaban de ser muy considerables; pues tuvimos no menos de cuatro mil trescientos sesenta hombres fuera de combate, de mil á mil doscientos sin vida, y de mil quinientos á mil ochocientos ya inválidos para el servicio por lo muy mutilados. Perdimos cerca de veinte oficiales de ingenieros, porque este cuerpo, admirable en Francia, habia prodigado tanto el valor como la inteligencia en este memorable sitio, que duró cerca de dos meses, y durante el cual abrimos nueve brechas, operamos cuatro bajadas al foso, dimos cinco asaltos, tres de los cuales, los del Olivo, la ciudad baja y la ciudad alta, se hallaban en la categoría de los mas furiosos que se han visto nunca.

Proeza era la toma de Tarragona de la mas alta importancia: se quitaba á la insurrección catalana su principal apoyo, se la separaba de la insurrección valenciana, y debia producir en toda la Península un efecto inmenso moral, de que se hubiera podido sacar gran partido si todo estuviera aprestado á la sazón para abrumar á los españoles con un gran concurso de fuerzas. Desgraciadamente nada habia á punto, y con la preocupacion exclusiva que llevaba el espíritu de Napoleon á otros designios, este asedio trascendental no debia producir mas resultados que abrimos las puertas de Valencia. Orden tenia el general Suchet para volar á Tarragona, pues fundadamente queria Napoleon reducir no mas que á Tortosa las plazas ocupadas en esta parte de España, y si consentia conservar á Torto-

sa solo era por razon de la embocadura del Ebro. Pero habiendo reconocido Suchet, de acuerdo con el general Rogniat, que limitándose á conservar la ciudad alta, se podria mantener con mil hombres hizo volar las obras de la ciudad baja, dejó en la ciudad alta una guarnición bien provista de viveres y municiones, procuró tranquilizar y atraerse á los habitantes, depositó su parque de sitio y sus municiones en Tortosa, envió sus principales destacamentos á los puntos de donde los habian sacado, con el fin de reprimir á las bandas envalentonadas durante el asedio, y con una brigada de infantería corrió detrás del marqués de Campoverde para dispersar su cuerpo antes de que se reembarcase. A pesar de perseguirle con grande actividad no pudo alcanzarle. En Villanueva encontró unos mil heridos, procedentes del sitio de Tarragona y enviados por mar á esta plaza, formando el complemento de la guarnición de diez y ocho mil hombres, de los cuales diez mil fueron cogidos prisioneros y seis ó siete mil muertos. Despues siguió las huellas del marqués de Campoverde por el camino de Barcelona. Habiéndosele sublevado al marqués los valencianos, deseosos de volver á su tierra, hubo de separarse de ellos y embarcólos en Mataró á bordo de la escuadra inglesa. Allí llegó el general Suchet en union del general Maurice-Mathieu, que habia salido de Barcelona, al punto en que se terminaba el embarque. Desde entonces se dedicó á perseguir á Campoverde y á apoderarse del célebre monasterio de Monserrate, que tomaron sus tropas despues de una increíble audacia. Asi prestó cuantos servicios pudo al ejército de Cataluña, siempre absorbido por el bloqueo de Figueras y por el abasteci-

miento periódico de Barcelona, y despues volvió á Zaragoza para poner en orden los asuntos de su gobierno. Allí halló el baston de mariscal, justo premio de sus servicios, pues, si los memorables sitios de Aragon y de Cataluña, los mas famosos que desde Vauban se llevaran á cabo, se debian en gran parte á los oficiales de ingenieros y á los valerosos soldados del ejército de Aragon, tambien se debian en parte no pequeña á la prudencia militar del general en jefe y á la profunda habilidad de su administracion.

En España tenian que ser de inaccion los meses de julio y agosto, y á veces el de setiembre. Durante estos meses abrasadores eran incapaces de operar los ingleses; y aun nuestros mismos soldados, mas ágiles, mas habituados á las privaciones, necesitaban que se les dejase descansar algo de sus marchas continuas, y hasta los españoles sentian debilitarse en esta estacion su inclinacion á correr el campo, aun cuando no fuese mas que para levantar la cosecha. Sin embargo en Andalucia el mariscal Soult habia dejado tantos asuntos atrasados de resultas de su mansion forzada en Llerena, que se vió obligado á emplear activamente estos dos meses dedicados por lo comun al reposo. Dos divisiones españolas, que á las órdenes del general Blake habian concurrido á la batalla de la Albuera, se destacaron de lord Wellington para ir á inquietar á Sevilla. Pero en vez de marchar directamente á este objeto, que merecia la pena de diversion semejante, se encaminaron al condado de Niebla, hácia la embocadura del Guadiana. Seguirles hizo el mariscal Soult á una de sus divisiones, y con las demas fuerzas dirigióse á Sevilla para atender

sin levantar mano á los asuntos de su gobierno. A los insurgentes de Ronda siempre activos, hallólos ocupados en asediar la misma ciudad de Ronda, y á los de Murcia, despues de haber obligado al cuarto cuerpo á encerrarse en Granada, atreviéndose á avanzar á Baeza y á Jaen, cerca de los desfiladeros de la Carolina, en una posicion donde podian interceptar las comunicaciones de Andalucia con la córte. De consiguiente habia que marchar á la vez sobre Ronda, Granada, Jaen y Baeza, para reprimir la audacia de estas diversas reuniones. Aprovechándose el mariscal Soult de la partida del mariscal Victor y del general Sebastiani, suprimió la organizacion en cuerpos de ejército, mala donde quiera que Napoleon no se hallaba, persistió en no dejar delante de Cádiz mas que unos doce mil hombres, incluso los artilleros y los marinos, y llamando al destacamento enviado al condado de Niebla, y cuya presencia bastó para obligar á las dos divisiones del general Blake á reembarcarse, se dirigió con cuantas tropas pudo reunir al reino de Granada.

Hizo que el general Godinot le precediera, llevando consigo un destacamento formado por tres regimientos excelentes, el 6.º de ligeros, el 55.º y 58.º de línea, y ademas el 27.º de dragones. Este destacamento debia ahuyentar á los insurgentes de Jaen y Baeza, mientras el cuerpo principal iba en derechura á Granada. Aunque numerosos, no se mantuvieron los insurgentes mas que de costumbre en campo raso, y abandonaron sucesivamente á Jaen y Baeza para tornar á Murcia. El mariscal entró en Granada, juntó allí parte del cuarto cuerpo, y el 8 de agosto dejó la ciudad para continuar su

movimiento. Durante este intervalo los insurgentes de Murcia se unieron á los generales Blake y Ballesteros, que á bordo de naves inglesas se habian trasladado desde las bocas del Guadiana á Almería, y tomaron una fuerte posicion en la venta de Baral. Todos juntos ascendian á veinte mil hombres. La posicion escarpada y casi inaccesible que ocupaban, presentaba un obstáculo difícil de superar, y al principio perdimos algunos hombres en ataques infructuosos. Pero el general Godinot que habia rechazado de Jaén á los insurgentes de Murcia, y los llevaba por delante batidos, avanzaba para salvarla, y apenas se le vió aparecer por la izquierda del mariscal Soult, se retiraron en tropel los españoles á la provincia de Murcia. Una vez en retirada, no se pararon en ningun punto, y llenaron los caminos de soldados dispersos, que la caballería del general Latour Maubourg cogió ó acuchilló en grande copia. La pronta y entera dispersion de este cuerpo daba la seguridad no de que no se le volveria á ver, sino de no tenerle encima durante algunos meses. Despues de haber restablecido el mariscal Soult en Granada parte de las tropas del antiguo cuarto cuerpo y enviado refuerzos á Ronda á las órdenes del general Leval, retornó á Sevilla, para ocuparse allí al cabo en lo referente al sitio de Cádiz y al material que aun faltaba para darlo cima.

Todo el resto del mes de agosto se pasó en una inaccion casi completa, haciendo descansar el mariscal Soult algo á sus tropas, que de ochenta mil hombres se hallaban reducidas por las fatigas y por el fuego á cuarenta mil á lo sumo, y disputando al rey José algunos destacamentos, que el ejército del centro reclamaba al de Andalucía; acampando

siempre el mariscal Marmont junto al Tajo hácia la parte de Almaráz, y quejándose tambien de José con motivo de los forragés de su ejército, que pretendia llevarse hasta Toledo; no cesando nunca José de lamentarse de su miseria, rogando que, á falta de la cuarta parte de las contribuciones, debida por los generales y siempre negada, le enviase Napoleon un millon mas todos los meses, y alcanzando por todo consuelo que se le devolviese para gefe de estado mayor el mariscal Jourdan, su amigo; soberano el mariscal Soult en su gobierno, no teniendo que disputar con nadie, preparando á la callada la expedicion de Valencia, que Napoleon le habia prescripto como consecuencia necesaria de la conquista de Tarragona; encargado especialmente el general Baraguay d' Hilliers del bloqueo de Figueras, rechazando adentro á los españoles que pretendian fugarse, obligándolos al fin á rendirse prisioneros y á expiar asi la sorpresa de esta plaza fronteriza.

Durante este mes de inaccion concertaba lord Wellington sus proyectos para emprender de nuevo las operaciones en setiembre, y sus proyectos no propendian menos que á la reconquista de Badajoz y Ciudad-Rodrigo. Con efecto, despues de haber logrado libertar á Portugal de la presencia de los franceses, nada le convenia mas que tomar la plaza de Badajoz ó de Ciudad-Rodrigo, y las dos si podia, pues eran las llaves de España, la una al Norte y la otra al Mediodía. Dueño de estas plazas, impedia á los franceses invadir la Beira ó el Alentejó, y le era fácil invadir á Andalucía ó Castilla á la primera coyuntura. Tomarlas era pues el medio de cerrar la puerta propia y de tener siempre abier-

ta la agena. Otro motivo habia para proceder de este modo y era el de hacer algo, pues desde que reconquistó á Portugal seis meses antes no habia añadido ningun acto notable á sus precedentes hazañas. Mucho se habian encomiado sus operaciones en Inglaterra, con fundamento, si bien quizá mas allá de lo justo, lo cual acontece siempre que se hace esperar demasiado á un personaje cualquiera la justicia que le es debida. Con su movilidad ordinaria ensalza la opinion súbito hasta las nubes al mismo á quien no se dignaba distinguir siquiera. Ademas quedaba la oposicion, que en parte de buena fé y en parte por hostilidad sistemática, estaba pronta á repetir que sin duda se habia podido conservar á Portugal á lo menos por cierto tiempo, mas no se pasaria de aquí, sosteniéndose en la Península una guerra ruinosa, sin resultado probable, sin resultado equivalente al terrible azar á que se hallaban expuestos de continuo, el de ser lanzados un dia al mar por los franceses. No se necesitaba de una inaccion larga, ni de una prolija privacion de noticias significativas, para traer de nuevo á muchas personas juiciosas á esta manera de pensar de que participaron sinceramente; sobre todo no se necesitaban muchos sucesos como el último levantamiento del sitio de Badajoz. De consiguiente lord Wellington por infinidad de razones, unas militares, políticas otras, estaba obligado á señalarse con algun nuevo acto, y por tanto á tomar á Badajoz ó á Ciudad-Rodrigo, dos obstáculos que le imposibilitaban toda operacion ulterior de alguna importancia.

Mas no era fácil tarea, pues, si se presentaba delante de Badajoz, era de presumir que aun en-

contrara allí á los mariscales Soult y Marmont reunidos; si se presentaba delante de Ciudad-Rodrigo allí hallaria al mariscal Marmont con cuantos soldados hubiera podido allegar de los ejércitos del centro y del Norte. En ambos casos corria el riesgo de tropezar con fuerzas harto considerables para poder darcima á un gran sitio delante de ellas, pues, segun su costumbre, solo queria combatir á golpe seguro, esto es, en posiciones defensivas casi invencibles, y con una superioridad numérica, que agregada á la buena eleccion de los lugares, hiciese el resultado tan cierto como puede serlo en la guerra. Sin embargo, si estaba condenado á encontrar ora en el Mediodía, ora en el Norte, concentraciones de fuerzas superiores al ejército de que disponia, lord Wellington tenia tambien incontestables ventajas de su parte. El camino que se habia creado dentro de las fronteras portuguesas, del Norte al Mediodía, camino que habia recorrido ya tantas veces, y que bajaba de la Guardia al Espinhal, de Espinhal á Abrantes, de Abrantes á Elbas, estaba abierto con cuidado, tenia numerosos almacenes de trecho en trecho y de puentes sobre el Mondego y el Tajo. Allí hacia que le siguieran cargadas de víveres seis mil mulas españolas; mandaba solo; no dependia de nadie; una orden suya bastaba para que se le obedeciese, y para darla oportunamente le asistia la ventaja, á que atribuia parte de sus triunfos, de estar informado con toda puntualidad por los españoles de los movimientos de los contrarios. Al revés los generales franceses, independientes unos de otros, situados á grandes distancias, divididos, desprovistos de todo, no informados de nada, por milagro se halla-

ban juntos una vez con un objeto comun y el material necesario á una operacion de alguna importancia. Para que el mariscal Soult recibiese el auxilio del mariscal Marmont, se necesitaba que éste, olvidando los resentimientos del ejército de Portugal, llegase precipitadamente en su ayuda, que quisiese y pudiese prestarla, y que tuviese, con especialidad en Almaráz, víveres y un puente. Para que el mariscal Marmont pudiese proteger á Ciudad Rodrigo en tiempo oportuno se necesitaba que el gefe del ejército del Norte quisiera ayudarle á ello, que con esta mira, se aviniese á dejar la persecucion de las bandas, á reunir doce ó quince mil hombres en un solo punto, á descuidar por tanto la mayor parte de los otros y á preparar con esta prevision vastos almacenes en Salamanca, ó bien que el ejército del centro, que apenas tenia con que guardar á Toledo, Madrid y Guadalajara, descuidase uno de estos puestos tan importantes para la salvacion de otro que no le estaba confiado, y finalmente que, sin celos uno de otro, marchasen estos diversos generales sobre Ciudad-Rodrigo. Y aun cuando quisiesen y pudiesen todo esto, forzoso era que conociesen con oportunidad los movimientos del enemigo que originaran estas concentraciones de fuerzas. Mucho les habia recomendado Napoleon que se socorrieran mutuamente, si bien, no pudiendo prever los casos, se lo prescribiese de un modo general tan solo, y ya se ha visto como ejecutaban las órdenes mas terminantes, expedidas para un caso determinado y urgente. Así no era imposible á lord Wellington, haciendo sus aprestos á la callada y ocultando hábilmente sus movimientos hallar un espacio de veinte y cinco ó treinta dias

para emprender un grande sitio y darle cima antes de que los franceses llegasen á socorrer la plaza asediada. En esta eventualidad fundaba lord Wellington sus planes de operaciones para el otoño de 1811 y el invierno de 1811 á 1812.

Por de pronto, hallándose sus soldados algo desanimados de resultas de la resistencia de Badajoz, quiso cambiar el objeto á que se habian dirigido sus esfuerzos, y pensó por esta razon en ir sobre Ciudad-Rodrigo. Ademas habia reparado muy juiciosamente que, al subir el mariscal Marmont de Naval-moral á Salamanca para socorrer á Ciudad-Rodrigo, tenia menos probabilidades de que se le unieran fuerzas suficientes que al bajar á Extremadura para socorrer á Badajoz, pues en este último caso siempre estaba seguro de hallar allí al mariscal Soult disponiendo de muchos mas medios que el mariscal Bessieres en Castilla, y teniendo en defender á Badajoz un interés personal de primera clase. De consiguiente valia mas tentar una empresa sobre Ciudad-Rodrigo que sobre Badajoz: solo existia una dificultad por este lado, y era no tener parque de sitio, ni lugar cerrado para guardarle, lo cual hacia que lord Wellington no se consolase de haber visto á Almeida destruida por los franceses casi ante sus ojos. Al revés para el ataque de Badajoz poscia dos vastos almacenes cerrados, primeramente Abrantes, á donde la marina inglesa habia llevado un inmenso material por agua, y despues Elvas, á donde se iba desde Abrantes por un buen camino, y donde se podia poner en seguridad todo el aparato de un gran sitio.

Con todo, no doblándose ante esta dificultad,
Biblioteca popular. T. XIII. 20

hizo trasladar lord Wellington secretamente á las inmediaciones de Ciudad-Rodrigo un parque de artillería de grueso calibre, enviando pieza tras pieza, y seguidamente tuvo la precaucion de esconderlo en muchos lugares. Ademas llevó sucesivamente sus divisiones todas á la alta Beira, exceptuando no mas que la del general Hill dejada en observacion junto al Guadiana, y acampó sus tropas detrás del Agueda, encargando al partidario don Julian de apretar por hambre á Ciudad-Rodrigo con incesantes correrías por los campos del contorno.

Mejor informado esta vez el mariscal Marmont que lo estábamos habitualmente acerca de los movimientos del enemigo, supo hácia fines de agosto ó principios de setiembre la mudanza de posicion del ejército inglés, y recibió del general Reynaud, gefe en Ciudad-Rodrigo, el aviso de que la plaza iba á ser reducida á las últimas extremidades; que la guarnicion, puesta ya á media racion, no tendria carne mas que hasta el 15 de setiembre, pan hasta el 25, y que pasado este plazo no podria menos de rendirse. Con aviso semejante no se podia perder tiempo. Al ejército de Portugal tocaba entonces avituallar á Ciudad-Rodrigo. Se puso de acuerdo el mariscal Marmont con el general Dorsenne, que acababa de relevar al duque de Istria, llamado á París, y quedó convenido que este general prepararia un fuerte convoy de víveres en las cercanías de Salamanca y se trasladaria alli con parte de sus tropas, y que el mariscal Marmont se alejaria de las orillas del Tajo, repasaría el Guadarrama por el puerto de Baños ó de Perales, y bajaria á Salamanca para concurrir al avituallamiento de Ciudad-Rodrigo, sucediera lo que sucediere.

Estos acuerdos bien entendidos fueron exactamente observados. El mariscal Marmont concentró sus divisiones y las hizo pasar sucesivamente el Guadarrama. Todas seis quiso llevarlas hacia Ciudad-Rodrigo, lo cual le hubiera proporcionado mas de treinta mil hombres, habiendo vuelto á ingresar en su cuerpo una parte de sus enfermos y sus heridos. Mas para esto hubiera sido necesario que José le enviara una division del ejército del centro, á fin de guardar el establecimiento del ejército de Portugal entre el Tietar y el Tajo, cosa que este príncipe no pudiera hacer sino molestándose mucho, y descubriendo la capital por el lado de Guadalajara ó de la Mancha. No atreviéndose José á esto, hubo de dejar el mariscal Marmont junto al Tajo una division entera para custodiar sus depósitos y sus puentes, y destinó á este cuidado la que fué situada sobre el camino de Trujillo en observacion hacia la parte de Extremadura. Con las otras cinco pasó el Guadarrama, y á principios de setiembre hallóse en las cercanías de Salamanca á la cabeza de veinte y seis mil combatientes. Por su parte el general Dorsenne se trasladó á Astorga con quince mil hombres de excelentes tropas, incluyendo la Joven Guardia, y una de las divisiones de reserva, llegada á la Península recientemente. Sobre todo la caballería era soberbia. Al paso halló un número casi igual de insurgentes gallegos, mandados por el general español Abadía, empujólos hácia adelante hasta Villafranca, les cogió ó les mató algunos hombres, y de seguida torció á la izquierda sobre Zamora y Salamanca.

Reuniéronse los dos ejércitos del Norte y de Portugal el 20 de setiembre. Se hallaban en buen

estado uno y otro, perfectamente descansados, provistos del material necesario, y contaban por lo menos seis mil soldados de la mejor caballería. Su efectivo total pasaba de cuarenta mil hombres. El ejército inglés, puntualísimamente informado de costumbre, no esperaba tan pronta y grande concentración de fuerzas. Casi era tan numeroso como el ejército francés, pero devorado por enfermedades, no se hallaba de ningún modo preparado á una batalla, diseminado en acantonamientos distantes hasta el extremo de que la división ligera de Crawford se hallaba delante del Agueda ocupada en el bloqueo de Ciudad-Rodrigo, mientras el grueso del ejército estaba mucho mas allá de este riachuelo. Además el efectivo total de lord Wellington no constaba mas que de veinte y cinco mil hombres de tropas inglesas, componiéndose el resto de portugueses.

Si los generales franceses se esmeraran en adquirir informes, hubieran debido conocer estos hechos y aprovecharlos para descargar sobre el general inglés un golpe decisivo, que hasta entonces pudo evitar por su buena fortuna, no menos que por su prudencia. Informados ó no informados debieran pensar que podían encontrarse con el ejército inglés á cada hora, reunido ó disperso, y que en el primer caso convenia estar prontos á recibirle y en el segundo á anonadarle.

Por consecuencia su deber era marchar como si á cada momento hubieran de entrar en combate. Mas no hicieron nada de esto, y ni aun se pusieron acordes relativamente á la determinación de dar batalla, si la necesidad ó al menos la conveniencia se la ofrecía. Únicamente se convino en

que, dirigiéndose el general Dorsenne por la derecha sobre Ciudad-Rodrigo, introduciría allí el convoy, y en que, avanzando el mariscal Marmont por la izquierda con su caballería, ejecutaría un fuerte reconocimiento sobre Fuente Aguilnaldo y Espeja. No habiendo aun llegado la infantería del ejército de Portugal, prestó el general Dorsenne al mariscal Marmont la división de Thiebault para que se sirviese de ella en caso necesario. Emprendióse, pues, la marcha antes de que todo el ejército estuviese junto y en disposición de recibir al enemigo; si llegaba á presentarse. A la verdad era poco probable que quisieran combatir los ingleses, pues en este momento su posición junto al Agueda no era buena, pero, cualquiera que esta fuese, no convenia aproximarse tanto á ellos, sin estar nosotros en aptitud de aprovecharnos de las eventualidades propicias y de hacer frente á las adversas.

Con esta especie de desbarahuste avanzaron á Ciudad-Rodrigo nuestras tropas, y el 23 de setiembre tuvieron la satisfacción de meter allí un gran convoy de víveres sin disparar un tiro. Logrado este objeto, los dos generales habian desempeñado sin duda su principal tarea, pero anhelaban saber qué era de los ingleses, y el mariscal Marmont, declinando á la izquierda, resolvió ejecutar el reconocimiento proyectado. Avanzando con su caballería, que aun mandaba el bizarro general Monthbrun, descubrió la división ligera de Crawford, dividida en dos brigadas y muy distantes una de otra, y en estado tal que fuera fácil destruirlas sucesivamente, cargándolas con una fuerte vanguardia. Además lord Wellington, con un

ejército mal reunido, privado de una de sus divisiones, fuera de los lugares escogidos donde le gustaba la pelea, probablemente quedara vencido, si acudiera en ayuda de las dos brigadas de Crawford, y una vez derrotado, quizá destruido.

Desgraciadamente, no teniendo mas que la caballería, nada se pudo llevar á cabo. Sobre la infantería inglesa se lanzó el mariscal Marmont con su vigor acostumbrado, arrollóla aunque estaba bien situada, la quitó cuatro piezas de artillería, pero no pudo conservarlas, pues llevando un batallón tan solo, cuando le cayó encima la infantería, ya rehecha, no pudo resistirla. Presente el mariscal Marmont en esta jornada, pedía á voz en grito la division de Thiebault que le fué destinada; pero el general Dorsenne, de carácter mal contentadizo y preocupado de sí propio, aunque por lo demas oficial muy valiente, por mala voluntad ó por falta de espacio, no hizo llegar esta division, sino cuando ya no era de provecho. Efectivamente cuando se presentó en aquel punto, las brigadas inglesas, rehechas y unidas, se hallaban ya fuera de alcance.

Al dia siguiente toda la infantería del ejército se hallaba en línea, pero los ingleses estaban en plena retirada, y llevaban bastante delantera para que fuera posible darles alcance, á lo menos en una sola marcha; y vino á quedar de manifiesto que, si se les atacara en el orden conveniente el dia antes, se les destruyera acaso. Aun era operacion practicable la de seguirlos, alcanzarlos y batirlos, si los soldados llevaran víveres para tres ó cuatro dias. No los llevaban, y fué forzoso volver atrás, con la única satisfaccion de haber avituallado á Ciudad-Rodrigo, y el amargo sentimiento de

haber dejado escapar al ejército inglés en ocasion en que fuera posible abrumarle. Asi la irreflexion del principal de nuestros gefes, la falta de concurrencia del otro proporcionaron al feliz lord Wellington una nueva fortuna, le libraron de un peligro inmenso, y nos hicieron perder la coyuntura de destruir á un enemigo peligroso, coyuntura que mas de una vez se presentó en vano. Esta era una nueva prueba entre otras muchas de los inconvenientes anejos á la falta de unidad en el mando, y á la imposibilidad de suplir esta falta de unidad con la autoridad de Napoleon ejercida á la distancia de Paris á Madrid.

Persistiendo Napoleon en creer, segun se ha visto, que bastaba con la reserva enviada recientemente para las necesidades de la guerra de España, con tal de que se emplease bien durante el otoño y el invierno, despues de lo cual seria posible retirar de alli la Guardia imperial por la primavera, queria que las operaciones importantes comenzaran por setiembre. A sus ojos la primera de todas era la ocupacion de Valencia, y por considerar como camino hácia esta conquista la de Tarragona, habia recibido la última proeza de Suchet con tanto agrado y remunerádola tan espléndidamente. De consiguiente previno á este mariscal que se pusiera en movimiento á mas tardar para el 15 de setiembre, prometiéndole despues que estuviera en camino un fuerte apoyo á sus espaldas, ya por parte del general Decaen, que habia relevado al mariscal Macdonald en Cataluña y se hallaba desembarazado de Figueras, ya por parte del general Reille, gefe en Navarra, y que iba á recibir dos divisiones de la reserva. Tomada Valencia, lison-